

Michael Braddick,
Christopher Hill. The Life of a Radical Historian,
Londres, Verso, 2025, 320 páginas

Desde las *Brief Lives* de John Aubrey a fines del siglo xvii y, naturalmente, tras la magna obra de Samuel Johnson en el siguiente, la producción biográfica en Inglaterra siempre ha sido una especie de patrimonio nacional que no ha dejado de reinventarse de forma casi sistemática hasta nuestros días. A diferencia de lo que ocurre en otras áreas culturales como la francesa o la italiana, esta verdadera tradición no ha conocido grandes momentos de zozobra ni tampoco estruendosos renacimientos: siempre ha estado ahí. Por ello, en la cultura inglesa, resulta habitual que los historiadores dediquen extensas biografías no solo a figuras históricas emblemáticas, sino también a sus colegas de oficio. Entre aquellas publicadas en este siglo, la biografía consagrada a Edward H. Carr (2000), las dos que ya se han dedicado a A. J. P. Taylor en 2002 y 2006, la de Hugh Trevor-Roper (2010), pero también aquellas que indagaron en las vidas de Asa Briggs (2014), Lewis Namier (2019) o John H. Plumb (2020) dan solo una pequeña muestra de lo profuso que ha sido este rito intelectual. Lo mismo cabría decir de los historiadores que formaron parte del *Historians' Group of the Communist Party* británico (HGCP), que en su mayoría fueron reconocidos por el género. A este respecto, por fuera de los dos trabajos

prosopográficos ya clásicos de Harvey J. Kaye de 1984 y 1992,¹ así como de los artículos y dossiers consagrados a las obras o, incluso, a los derroteros intelectuales de los historiadores que se asumieron como parte del Grupo, todos ellos han sido objeto de alguna obra estrictamente biográfica o bien de un clásico *Festschrift*. Por fuera del caso de E. P. Thompson,² quien recibió la mayor cantidad de investigaciones, solo Victor G. Kiernan, Maurice Dobb, Raphael Samuel, Eric Hobsbawm y Dona Torr fueron

objeto de biografías propiamente dichas.³ El resto de los historiadores solo cuenta con obras en homenaje.⁴ En aquella primera línea, se integra la obra de Michael Braddick sobre la “vida intelectual” de Christopher Hill (1912-2003), uno de los miembros más

¹ Ambos traducidos al castellano. El primero, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, fue publicado en 1989 por las Prensas de la Universidad de Zaragoza con una presentación de Julián Casanova y, desde 2019, cuenta con una reedición en Waldhuter con una introducción de Eric Hobsbawm. El segundo, *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la historia*, se tradujo en 2011 y fue publicado por Talasa Ediciones.

² No solo el historiador canadiense Bryan Palmer le dedicó dos trabajos en 1981 y en 1994 (*The Making of E. P. Thompson. Marxism, Humanism, and History* y *E. P. Thompson. Objeciones y oposiciones*), sino que también fue objeto de varias obras colectivas: el propio Harvey J. Kaye junto con Keith McClelland dirigió en 1990 *E. P. Thompson. Critical Perspectives* y, en 1993, John Rule y Robert Malcolmson, *Protest and Survive. The Historical Experience. Essays for E. P. Thompson*. En 1997, Gavin McCann abordó su biografía política con *The Political Thought of E. P. Thompson* y, en 2010, Scott Hamilton publicó *The Crisis of Theory. E. P. Thompson, the New Left and Postwar British Politics*.

³ En 2003, el político comunista indio Prakash Karat presentó el único trabajo que indaga la vida y la obra de Victor G. Kiernan, *Across Time and Continents*. En 2013, Timothy Shenk dio a conocer su *Maurice Dobb. Political Economist*, en Palgrave. Cuatro años después, Sophie Scott-Brown publicó en la Australian National University Press *The Histories of Raphael Samuel. A Portrait of a People's Historian* y, en 2019, Richard Evans lanzó su *Eric Hobsbawm. Una vida en la historia*. Con todo, el trabajo biográfico más reciente es la biografía breve de la *alma mater* del Grupo, *Dona Torr. Historical Materialism & the Communist Historians*, publicada por Mary Davis en 2026.

⁴ Uno de los primeros en ser objeto de un trabajo de este estilo (junto con Christopher Hill) fue el historiador Arthur Leslie Morton con la obra dirigida por Maurice Cornford, *Rebels and Their Causes* (1978). En 1985, el canadiense Krantz Frederick coordinó *History from Below. Studies in Popular Protest and Popular Ideology in Honour of George Rudé* y, en 2009, T. H. Aston, P. R. Coss, Christopher Dyer y Joan Thirsk hicieron lo propio con *Social Relations and Ideas. Essays in Honour of R. H. Hilton*. En 1995, aparece *The Duty of Discontent* en homenaje a Dorothy Thompson, editado por Owen Ashton y Stephen Roberts. Finalmente, en 2011, David Howell y Dianne Kirby coordinaron la obra *John Saville. Commitment and History. Themes from the Life and Work of a Socialist Historian*.

conspicuos de aquel Grupo.⁵ Recordemos que Braddick, quien prefiere, casi por respeto a esta venerable tradición inglesa, no llamar “biografía” a este trabajo, es, al igual que lo fue Hill, especialista en el convulso siglo XVII inglés y un tanto renuente a los excesos de la hiperespecialización historiográfica. Por lo general, acude a una forma de hacer historia más anclada en la larga duración braudeliana que también evita las extensas descripciones fácticas, rasgo que se observa con claridad en una de sus últimas obras, *A Useful History of Britain. The Politics of Getting Things Done* (2021) donde analiza los usos colectivos del poder político en la historia británica, del Neolítico al Brexit. Si bien permanece atento a la secuencia narrativa de los hechos, rápidamente los sitúa en un contexto intelectual y político muy preciso para detenerse en un extenso análisis interpretativo, algo que rompe con el mecanicismo clásico de buena parte de la historiografía de habla inglesa, más proclive a

multiplicar la facticidad y los casos empíricos y a demorarse menos en una prolongada instancia hermenéutica. Sus pinceladas presentistas también lo apartan del típico historicismo inglés. Así, pues, más allá del prefacio y del décimo capítulo que, en realidad, funciona como conclusión, en esta obra sobre Hill, Braddick también ha seguido un riguroso orden cronológico a lo largo de sus nueve capítulos, pero con dos objetivos centrales en el horizonte: recuperar al experto en la historia inglesa del siglo XVII y al historiador que practicaba su oficio como un modo de pronunciarse ante la política de su tiempo, sobre todo en cuanto a las versátiles relaciones que mantuvo la izquierda británica con el pasado histórico, dos variables que podríamos agrupar en cinco momentos bien diferenciados.

En los dos primeros capítulos, que comprenden un período que culmina en 1940, Braddick analiza la infancia de Hill en el seno de una acomodada familia metodista de York, y la influencia que la ética religiosa tuvo para él junto con una “profunda sensibilidad literaria” (sobre todo, por los poetas metafísicos del siglo XVII y la obra de T. S. Eliot). Tras ingresar a la Universidad de Oxford, tomó contacto no solo con los debates de aquel entonces sino que, en un marco de Gran Depresión y ascenso del fascismo, se arrojó a una crítica de la sociedad burguesa para la cual encontró en el marxismo una coherencia teórica que modeló sus convicciones políticas y su trabajo historiográfico. Lo que en esta etapa ofrece Braddick

es, básicamente, un cambio de familia: tras aquel metodismo inicial, Hill se integra en los círculos comunistas donde el PC británico funcionó como una nueva comunidad espiritual cuya meta central no era otra que comprender y transformar la sociedad, una afiliación que le costó la vigilancia de la *Special Branch* de los servicios de inteligencia británicos desde 1935.

Los tres capítulos siguientes conforman un segundo momento, entre 1940 y 1957, que comienza con la participación de Hill en la Segunda Guerra Mundial y el asomo de las primeras contradicciones entre sus opiniones políticas y la posición del Estado británico, sobre todo frente a la Unión Soviética. Según Braddick, fue su experiencia bélica la que gestó su interés por las revoluciones, crucial para su interpretación del siglo XVII inglés. En ese contexto, una de las premisas más tempranas y centrales de Hill giró en torno de la revolución “burguesa” del siglo XVII. En un trabajo emblemático de 1940 (traducido por Anagrama al castellano en 1977 como *La Revolución inglesa, 1640*), sostuvo que la victoria del Parlamento había purgado el orden feudal de la monarquía de los Estuardo, asegurando de ese modo el triunfo del capitalismo. Con ella, enfrentó la tesis clásica de Samuel Rawson Gardiner (1863) según la cual la revolución habría sido “puritana”, con efectos tan solo religiosos y constitucionales para el desarrollo histórico de Inglaterra. Ya durante la inmediata posguerra, Hill se irá perfilando como un prominente

⁵ Hasta ahora, solo habían circulado dos contundentes trabajos colectivos editados en vida del autor, *Puritans and Revolutionaries. Essays in Seventeenth-Century History presented to Christopher Hill* (1978), dirigido por sus discípulos Keith Thomas y Donald Pennington, y otro de corte más historiográfico editado por Geoff Eley y William Hunt, *Reviving the English Revolution. Reflections and Elaborations on the Work of Christopher Hill* (1988). A estas obras habría que agregar una serie de ensayos biográficos dispersos, escritos por la sobrina de Hill, la historiadora Penelope J. Corfield, y un obituario relativamente extenso de Pennington, publicado en los *Proceedings of the British Academy* en 2005.

historiador marxista y una de las principales voces del HGCP. Con todo, tras la invasión soviética de Hungría en 1956, abandonará el PC como tantos otros y desarrollará un marxismo “humanista” de corte gramsciano que, según Braddick, estuvo presente desde sus primeras lecturas. De esta época también data su investigación sobre los orígenes económicos de la Iglesia anglicana en *Economic Problems of the Church* (1956), un trabajo fundamental en su historiografía, donde demostró que, al no lograr compensar las peticiones de los protestantes isabelinos, la dependencia eclesiástica de la corona no hizo sino contribuir a la guerra civil.

Pero la trayectoria de Hill, lejos de ser lineal, sufrirá momentos de fuerte reconocimiento así como inflamadas sospechas políticas que afectarán por igual la legibilidad y la legitimidad de su obra. En esta segunda etapa, la obra de Braddick proporciona una clave de interpretación muy valiosa respecto del clima de polarización ideológica bajo la Guerra Fría, un contexto de indudable omnipresencia durante la segunda mitad del siglo XX que las historias de la historiografía suelen atender de manera oblicua. De particular interés son sus esfuerzos analíticos por sustraer a Hill de un marxismo determinista, atendiendo, sobre todo, a sus obras y declaraciones posteriores a la guerra. Con todo, ese empeño de Braddick (que no cesa a lo largo de toda la obra) no termina de adecuarse a la lógica de permisiones que habilitaba esa

pugna bipolar, puesto que elabora su argumento como si aquel primer Hill (cuyo determinismo era, en realidad, harto elocuente) hubiera sobreactuado la ortodoxia para, luego, tras el éxodo del partido en 1956, hubiera salido en busca de las raíces de su error. En este sentido, el subtítulo de la obra, *The Life of a Radical Historian*, se vuelve poco consecuente con su interpretación. Tal vez hubiera sido lícito preguntarse cómo se construye una vida intelectual en el ámbito de los discursos públicos durante la Guerra Fría bajo otros subtextos: cuánto de lo dicho públicamente por Hill, antes y después de 1956, lo dijo por compromiso, cuánto por convicción, cuánto de riesgo entrañó cada pronunciamiento y para quiénes habló y escribió bajo cada registro ideológico. Para Braddick, el fervor del Hill militante nunca se tradujo en un entusiasmo por los reduccionismos estructurales, pese a que el primer tramo de su derrotero diga lo contrario.

El tercer momento del derrotero de Hill está conformado, en la obra, por un único capítulo que se extiende entre 1957 y 1965. Aquí nos encontramos con su segunda gran zona de exploración, una historia de las ideas anclada en un marco social, económico y político, construido a partir de un marxismo que, en esta etapa, sí fue sustraído del mero determinismo económico. En *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa* (publicada en 1965, pero a partir de las Conferencias Ford dictadas en 1962) demuestra ampliamente que la confluencia del calvinismo puritano, la tradición legal en la línea de

Edward Coke y el pensamiento científico crearon las bases de la Revolución del siglo XVII. Con todo, según señalaba, “las revoluciones no se hacen sin ideas, pero no son obras de intelectuales. El vapor es esencial para poner en movimiento una locomotora, pero ni la locomotora ni los raíles se pueden construir con vapor. En este libro trataré precisamente del vapor”. De tal modo, este capítulo de Braddick funciona como una nueva transición cuyo marco le permitirá a Hill leer con un nuevo prisma el radicalismo religioso y político de los movimientos sociales y políticos del siglo XVII. Los dos capítulos siguientes de la biografía recuperan el período 1965-1978, época en que Hill fue nombrado director de Balliol College, uno de los cargos más prestigiosos de Oxford y donde debió conciliar sus convicciones de izquierda con las responsabilidades institucionales que le imponía semejante dirección. En ese contexto, impulsó diferentes reformas y promovió una mayor apertura académica, que Braddick describe con gran maestría. Para Hill, fue toda una epopeya conseguir un equilibrio razonable entre la tradición y la modernización mientras se esforzaba por conservar su autoridad en el *establishment* universitario sin comprometer los matices públicos del historiador “radical”. Pero las protestas estudiantiles y la nueva izquierda pusieron a prueba ese radicalismo: su adhesión a estas causas no evitó que las observase con mirada crítica. Es en esta etapa cuando surge la tercera gran zona de su

investigación, basada en la célebre “historia desde abajo” y siempre anclada en el siglo XVII, aquella que lo convirtió en uno de los historiadores más populares de su generación: la historia de las corrientes radicales y democráticas que surgieron en el pueblo llano durante la Revolución. Su obra de 1972, *The World Turned Upside Down. Radical Ideas During the English Revolution*, traducida al castellano once años después con un acento ideológico que el original no tenía como *El mundo trastornado. El ideario popular extremista de la Revolución inglesa del siglo XVII*, se convirtió en otro modelo para este género de historiografía.⁶ Aquí, la perspicacia interpretativa de Braddick vuelve a la carga: ¿proyectó Hill los conflictos políticos de los años 1960 en la acción revolucionaria de los *levellers*, los *diggers*, los cuáqueros radicales y demás predicadores populares? Si bien nunca se puso en duda la honestidad intelectual de la propia pesquisa documental de Hill, lo que sí se ha cuestionado es la trascendencia de tales movimientos en términos de coherencia ideológica, de alcance real de sus propuestas y de continuidad revolucionaria.

⁶ En castellano, la obra fue publicada en 1983 por Siglo XXI en la colección Historia de los Movimientos Sociales. Pese a este título final, en algunos anuncios publicitarios de la colección donde se listan los volúmenes ya publicados y en preparación (situados, por lo general, en la última página de las obras), se presenta la obra bajo otro título: *El mundo subvertido*, mucho más fiel al original.

La cuestión es que estas críticas han procedido, sobre todo, de un revisionismo conservador muy estridente bajo el thatcherismo, que solo atendía a una lectura ideológicamente sesgada de la obra, y tal es uno de los hechos que marca esta última etapa de la vida intelectual de Hill (1978-2003). Aquí, Braddick activa su mayor arsenal retórico contra este tipo de juicio y, si bien reconoce alguna que otra fisura hermenéutica en la obra (en esta y en otras), todo se dirige a rescatar la figura de Hill de aquellas embestidas tan encarnizadas. Es más, diríamos que toda la obra está regida y concebida con ese propósito.

Finalmente, permítasenos hacer una observación sobre esta edición de Verso. Puesto que se trata de la primera biografía integral de Christopher Hill, uno de los historiadores más importantes del siglo XX, es un gesto de ingratitud que la obra no cuente con bibliografía, gesto cada vez más habitual en las publicaciones académicas. Tan solo disponemos de una lista de abreviaturas donde podríamos detectar algunos trabajos consultados. También es posible encontrarlos sumergidos en las notas, situadas, como infelizmente ya es costumbre, al final de la obra, de tal modo que su consulta sea un fastidio o, directamente, no se realice en nombre de esa torpe coartada según la cual colocarlas a pie de página “interrumpe” la lectura. Es inútil aclarar lo primordial de un apartado bibliográfico para un trabajo de esta naturaleza por cuya ausencia, muy posiblemente, no cabe aquí

responsabilizar al autor, sino a las fantasías editoriales que el mundo académico viene aceptando sin mayor resistencia. En algún momento deberíamos replantearnos cuál es la verdadera utilidad de estas decisiones mercantiles que, con el falso propósito de llegar a un público más amplio, aligeran los costos que insume una paginación mayor, eliminan una parte sustancial de cualquier tarea científica y arrojan el aparato crítico al trastero de la obra con una tipografía cuyo tamaño, además, desafía cualquier agudeza visual. Más allá de lo difícil que resulta imaginar una desenfadada voracidad lectora por parte de una audiencia no especializada hacia la vida de Christopher Hill, si el objetivo fuera realmente este, desterrar la información bibliográfica que sustenta la investigación no es más que un acto de exclusivismo aristocratizante que solo atenta contra esas mismas mayorías que, supuestamente, se intenta ganar. En suma, erradicar la bibliografía y acorralar las notas no convierte una obra en un libro más popular. Así que, por lo pronto, tan solo cabe confiar en el sentido común de los lectores para que transiten esta “vida intelectual” como lo que realmente es: un magnífico estudio académico, científico e historiográfico alejado de cualquier simplificación onerosa.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional de
General Sarmiento /
CONICET